

Jorge Jobet

## Monólogo del Hombre Silvestre

### I



En el rincón del mito, o el alero,  
pensado adolescente, asustadizo  
en ciudades sin hinojos,  
tu frente de piedad,  
tus lágrimas de encierro,  
hinchando plenamente el vértice  
que abrigará tu envidia,  
tu paludismo de larva  
a cada instante más helada,  
más recóndita y precisa,  
como el fuego sagrado  
de las bailarinas impávidas,  
descanso de acometida,  
varón desengañado,  
obligación a lo perenne de la fuga.



Te castiga el albatros ruidoso,  
oh doncel impúdico,  
zampoña de tubos minerales,  
de cestas en celo,  
aroma a tientas,  
vejiga en embarazo,  
tus hijos ocres ruedan  
en el sol desvencijado.

Quedan tus amapolas,  
tu cuerpo magro,  
el honor de tus abuelos,  
la tumba de tus padres,  
alzado encima de ellos  
y honrándote otra vez con sus hazañas.

Nada más que la vida  
y el proceso del dolor,  
nada más que la muerte,  
que imperan en tu voz,  
en tu sien estrangulada,  
como si nuestro mundo  
fuera sólo un escombros,  
sin negar la aventura,  
ni dormir en suspenso,  
el peligro o las ruinas  
que se ponen de moda,  
o este pasto del día  
reviviendo tus vértigos.



## II

Los dos, extraña mía,  
ásperamente solos,  
en el peso del mito,  
gimiendo con decoro,  
aliviamos las bocas,  
la vejez del insomnio,  
el suelo envenenado  
de las holladas horas,  
sin noción de lo eterno,  
o bien, divinamente,  
como dioses parados  
o demonios andróginos.

Aún te martirizan el hogar de tu dueño,  
la añeja valentía  
del hilado incongruente,  
pobre fibra deseosa  
de estirarse en la tierra.  
No sabemos de nada,  
ni sentimos el cielo,  
las veladas corrientes  
de algún disparadero.

Junto a mí te resignas  
a partir entre siervos,  
cacería de alforjas,

humildad de colmena,  
no retienes perdidos  
otros fines más sobrios.

Junto a mí te avalanzas  
sobre lomos genéricos,  
con tu gracia de esclava  
suspirando en las cosas.  
No invoques la paciencia,  
la amargura del loto,  
el ideal construido  
de los santos blasones,  
la crespa levadura  
de nuestras tejedoras  
y el alacrán lampiño  
que tus dientes destrozan.

### III

El águila, en tu entraña,  
línea de sombra, lame  
tus costados, tu astilla,  
tu soledad de lámpara.  
El águila del tiempo,  
en obra tan pesada,  
sin distinción, sin suerte,  
segura de sus actos,  
como un mendigo serio



palpándote las manos,  
el águila te muerde  
el corazón sin llaves.

Te seguirá mordiendo  
con real hipocresía,  
desde el alba a la noche,  
con su pico enigmático,  
desde el pelo a los pies,  
con dulzura maligna,  
desde el pecho a la espalda,  
con la rabia del buitre,  
y la luna en su diestra  
de vigorosas garras.

Aunque niegues al cedro  
de otros climas calientes,  
con su olvido lloroso  
y sus largas rodillas;  
aunque grabes en plomo  
el eslabón de los muertos,  
adorándose en trémolos  
de latidos afines,  
duro de realizar,  
y leer, y escribir  
con el puro cerebro;  
aunque te armes de furia  
y de espíritu angélico,  
tan sembrado de angustia



como un hombre disperso,  
lacerado de errores y múltiples estigmas,  
recibirás la ciencia  
del brujo misionero.

#### IV

¿De dónde llegas, héroe,  
desechado, incoherente,  
tu augusta perla, tu ancla,  
tus antojos de trébol,  
prestancia casi incólume  
—los niños ocres ruedan  
como manes esbeltos—  
abandonada peña,  
aparecida en huesos  
y fija en estas señas?

El amor de los castos  
se afila como asceta.

¿Tendrás cerca de ti  
las varas preferidas,  
el sauce atento,  
las normas implacables  
de las sacerdotisas,  
la leal pesadumbre  
del aroma macilento,  
el pan y el vino,  
la razón ojerosa



de los monasterios?

El amor de los presos  
se endurece en la fiebre.

¿Ahondarás el anuncio  
de las piraguas ardiendo,  
la carne desgarrada  
por el lúcido anzuelo?

¿Oirás la campana,  
el clarín incipiente,  
la rosa funeraria  
de las conquistas huérfanas?

El amor de las bestias  
se acomoda en las cercas.

¿ Hablará tu desprecio  
de almendro cejijunto,  
sinfonía de cascos,  
equivocación de lirios  
que vigilan tu pulso?

El amor de las niñas  
se adjunta a las luciérnagas.

## V

Nos vamos en la brisa  
de pinos ventilados,  
cantando con la hierba.



Ungidos, los azares,  
desnudan los espejos,  
los silenciosos cúmulos  
de jóvenes doncellas,  
estación donde habitan  
los pálidos inciertos.

Nos vamos. Reunidos  
de gozo, de tristeza,  
con la espina de cardo  
salpicada de estrellas,  
sin odiar lo que andamos,  
fingiendo la presencia  
de los toros echados  
como puños magnéticos.

Jamás olvidaremos  
nuestra casa silvestre  
curvada por el arco  
de la vetusta sierra.  
Aquí la mansedumbre  
de las gratas ovejas  
nos calmará los dedos  
heridos por las piedras.

Qué importan los peligros  
de las gordas serpientes,  
las cañas devastadas



por tiasas ventoleras,  
el salto de los surcos  
de conciencia rebelde.

Tendremos que volver  
a crear los despojos  
con aquella pasión  
de auténtica discordia;  
el aliento surgido  
y nominal de los zorros,  
y la junta pendiente  
de los anchos desórdenes  
que crecen al acecho  
de lujosas potencias.

## VI

Amado de los dioses,  
de los suaves profetas,  
esquivas la oración  
de las mañanas ciegas,  
amistad temporal  
de clámides ascéticas,  
perezoso de triunfo,  
ávido de cadenas,  
apresurando el crimen  
impune de los légamos,  
pardo de investidura  
marginal, de cabezas



ahorcadas en la cruz  
de los injustos templos.

Monte de sacrificio,  
deudor de tanto clérigo,  
el sinsabor acude a tus designios,  
a tu recia clave sádica,  
a tu viril ombligo  
de susto desollado,  
como una avispa de carmín  
bebiéndote la sal,  
fúnebre transparencia  
de tu adúltera lombriz.

Cuelga un valle terrible  
bajo tus sandalias últimas,  
un río de cadalsos,  
un puente de delicias,  
una escafandra ingenua  
copiando tus registros.

No te deshagas en el aire,  
cerviz domesticada,  
condición esencial de la hartura,  
fase condenable,  
rito de órganos terrestres  
en lomas de hierro rezagado.



Giró el molino sus maderas  
y atravesó los ruedos de la estancia.  
Como un presagio masculino,  
tu posesión de espasmo,  
gustador de vides,  
de muslos transpirados,  
extirpador del himenio,  
de los rostros exangües,  
cuánto augur renueva tus raíces,  
raptor molesto de la sangre.

## VII

Libas en la vasija  
de la estrecha amargura,  
y mueles en la greda  
de las pulpas inútiles  
la dádiva alumbrada  
de los fríos helechos.

Amparador de nubes,  
cazador de deberes,  
como una marejada  
baña el agua tu sexo,  
y corren las mujeres,  
novedosas y grávidas,  
a tocarte el oído  
con sus más dulces voces.



Alero del benigno,  
constructor provechoso,  
deshacedor del arma  
colada de los próceres,  
el ansia en ti germina  
con su espiga devota,  
con su náyade y vaso  
de impoderables modos.

El destino te sobra  
en la conjunción del orco  
y ahuyentas a las brujas  
que montan en el noto  
en cien cabalgaduras  
de luces multiformes.

Ensueño de la holganza,  
actividad del déspota,  
un concierto de vírgenes  
se inquieta en las escenas,  
sobre los rudos picos,  
bajo el semblante quieto,  
mientras un hombre labra  
su orgulloso destierro.

## VIII

Ni el más leve sonido  
de la nieve crujiente,



árida, endurecida,  
soslayando el encuentro  
del turbio americano  
de alfalfa y de centeno,  
ni el más leve sonido  
de las arañas de hebra,  
otro aspecto de nieve  
que vibra en los veneros,  
rasgo de reflexiones,  
ingénita locura  
de aprisionar el Verbo.

Espuma sin la carga  
de salmones deformes,  
las lóbregas especies  
recorren el ancestro  
de estos hijos que llevo  
como calvos tambores,  
tropezando en los sótanos  
y sufriendo ruta afuera.

Nadie intenta salvarme.  
Y la humedad me sigue.  
Nadie mira mi huerto.  
Y mis siembras fructifican.

Porque me estoy cayendo  
de bruces al sepulcro,  
todo lo que yo entierro,



historia de ahora, cierta  
dentro de los esqueletos,  
todo lo que yo guardo  
lo matarán de nuevo.

## IX

¿Quién es malo en la muerte?  
Rezonga presto el eco  
de las pellejerías  
de sorbo a sorbo atadas,  
como los mausoleos  
de abruptas galerías.

Debajo de los siglos,  
apenas respirando,  
en tálamos nupciales,  
con esposos benignos,  
laboran tenazmente  
las fúlgidas polillas.

Tanto tábano sucio  
sin espacio plausible.  
Tanta mugre risueña  
conducen los crisoles.  
Las heridas ancianas,  
indulgentes y pérfidas,  
anieblan el ambiente  
de musgo a los quelonios.



Me parece que fueras  
de un antiguo correo:  
oleosa y peciolada,  
de trajinar hirsuto,  
como la cebra prófuga  
que rumia sus problemas.

Y eres más que una cita,  
somos más que una cuerda,  
acampando en la estatua  
de los graves silencios,  
apestados de orines,  
de molares grasosos,  
esperando que el indio  
nos cobije en su choza.

## X

A veces, el camino,  
tendido entre los cerros,  
virtuosamente empuja  
los carros del labriego,  
el ánimo cansada,  
las piernas majaderas,  
los codos indispuestos  
y aplastada la avena.

Rocas, sargas, pedruscos,  
con el fantasma a cuestras,



un metódico lince  
su vuelo de corneja,  
la gente se arrodilla  
y quiere ir a los duelos  
del tiempo presumido  
como un joven bostezo.

Ya está la imagen suelta  
cernida. Ya están todos  
los tiernos espinazos  
lloviznados de estiércol,  
figura calumniada  
por malos agoreros.

La casa me atestigua  
como perra en destierro,  
y no poseo fuerzas  
para hender sus maderas.

A veces, el camino,  
me aproxima al labriego,  
y entrambos nos hundimos  
en las calles del pueblo.